



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Gustos y alimentación de un ejército en el siglo XVI según un presupuesto de la época

Autor:

Sánchez-Albornoz, Nicolás

Revista:

Cuadernos de Historia de España

1950, XIV, 150-173



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

GASTOS Y ALIMENTACIÓN DE UN EJÉRCITO EN EL SIGLO XVI SEGÚN UN PRESUPUESTO DE LA ÉPOCA

A su estudio sobre la entrevista del Monasterio de Guadalupe (enero de 1577), Antonio Rodríguez-Moñino incorpora en apéndice un presupuesto para la campaña de Marruecos que el rey don Sebastián de Portugal proyectaba realizar y para la que gestionó el respaldo de Felipe II¹. El presupuesto se gestó de seguro en las conversaciones sostenidas por ambos soberanos. Como es sabido, Felipe II intentó disuadir de su temerario propósito a su sobrino.

El manuscrito transcrito pertenece a la colección « Salazar » de la Biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid (sig. letra K, folios 20 al 41). No figura en él indicación de fecha. Sólo informa que el Duque de Alba remitió aquella relación al Rey don Sebastián antes de que partiese a la jornada de África. El Duque llevó en las relaciones entre Felipe II y su sobrino sobre el asunto de la expedición a Berbería la representación del monarca castellano. El Duque de Alba asistió en Guadalupe a todas las entrevistas entre ambos soberanos y más tarde expuso a don Luis de Silva, valido de don Sebastián, el punto de vista castellano acerca de las dificultades de la empresa². El parecer del Duque motivó una extensa respuesta del propio rey luso, redactada en enero de 1578 durante su estancia en Coruche. El presupuesto representa por consiguiente una pieza más de la documentación cambiada entre las cortes de Madrid y Lisboa, que no ha podido ser tenida en cuenta por los historiadores.

El documento, valioso antecedente de la desdichada campaña a la que

¹ ANTONIO RODRÍGUEZ-MOÑINO, *Viaje a España del Rey Don Sebastián de Portugal*, Badajoz, 1948, Apéndice VI, págs. 135 y ss.

² J. M. QUEIROZ VELLOSO, *Don Sebastián (1554-1578)*, Madrid, 1943, caps. VII y VIII.

el obstinado rey partió al fin solo, puede considerarse a la luz de las diferencias entre las fuerzas presupuestadas por el prudente Duque de Alba y el número más reducido de las que consigo tuvo don Sebastián en Alcazarquivir. El tema resulta sugestivo ; no hemos de estudiarlo aquí. Pero a la vez el presupuesto brinda ocasión para conocer los gastos y la alimentación de aquel ejército. Ordenados los datos que ofrece, se obtiene un cuadro de noticias que interesan al estudio de la economía y del régimen de vida de la Península en el siglo xvi. Con ayuda de mayor número de textos, de los que por fortuna los archivos españoles son ricos, podrían obtenerse conclusiones firmes sobre estos temas. Algunas cabe anticipar en base al examen del documento que enfrentamos.

Su valor para un estudio de orden económico parece en cierto modo limitado. Todo proyecto se nos figura de antemano un texto débil. Faltan en efecto los últimos ajustes a cada circunstancia concreta. El precio de los víveres pudo oscilar entre el momento de la redacción del documento y el de la adquisición de los artículos. Es fácil suponer con alguna seguridad, sin que ello signifique sospecha alguna sobre la honradez de los maestros, que la distribución de las raciones no correspondería con toda exactitud a lo prescrito. Las relaciones llevadas por tenedores de bastimentos o por los maestros racioneros brindarían en cambio informaciones más cercanas a lo acaecido. En el caso presente no existen esas relaciones y ni siquiera fué puesto en ejecución el presupuesto. El documento representa únicamente el fruto de una preocupación momentánea del monarca castellano. Es lícito incluso estimarlo como un argumento exhibido por Felipe II a favor de su opinión adversa a la empresa africana.

Por estas últimas razones, aparecen muy agravados los inconvenientes de orden metódico ya apuntados. Con todo, a pesar de los rasgos que parecen afectar como poco feliz la elección del texto, no creemos que tales cuestiones invaliden deducciones de orden general. No tendremos una noticia precisa de los gastos o de la alimentación de aquel ejército ; pero sí una idea aproximada de los del ejército español en tiempos de Felipe II. Si el presupuesto tuvo por origen una intención del rey, que no progresó, refleja no obstante, sin duda alguna, el pensar de la administración militar del soberano de Castilla, para la cual la no ejecución del proyecto no entró en consideración. La insuficiencia de la historiografía económica peninsular, en fin, permite estimar no baldío el intento de agregar una serie más a cuantas los eruditos y los economistas van acumulando sobre la paga y la dieta de los hombres del siglo xvi.

El documento carece por fortuna de la característica frialdad de los

presupuestos modernos, mero cúmulo de guarismos. A la par que facilita cifras de precios y de artículos de consumo ordena su distribución y agrega acotaciones y sugerencias. Reúne pues, a la vez, rasgos de presupuesto y rasgos de reglamento. No se debe esperar tampoco de él la meticulosidad y precisión de nuestros presupuestos. Pero, gracias a esa doble condición, encontramos, aunque de modo indirecto, noticias acerca de los usos del ejército en campaña, que no sólo no contradicen las noticias ya conocidas, sino que, al contrario, las confirman documentalmente.

Conscientes pues de las limitaciones que entraña el texto en sí, pero interesados por su contenido, nos hemos permitido hacer uso del documento en vista de que su editor Rodríguez-Moñino no ha intentado aprovecharlo en el sentido enunciado. Son obvias las razones que nos obligan a elegir este presupuesto, con preferencia a alguno de mayor interés, inédito en los archivos españoles.

El análisis del documento ofrece materiales para estudiar tres cuestiones diversas : I, Los gastos generales que implicaban las pagas de los contingentes alistados en el ejército, la alimentación de éste y el costo del material bélico. II, Las soldadas que percibían la oficialidad y los hombres de cada cuerpo de combatientes. III, La dieta diaria del soldado y su equivalencia calórica, calculada en base a las cantidades de víveres almacenados para la campaña. El triple estudio del coste de una campaña como la proyectada y de las pagas y alimentación del ejército brindarán algunas conclusiones generales que, en función de la situación económica del pueblo en Europa, ayudarán a explicar el enrolamiento de los grandes contingentes de hombres de que dispuso el estado español en las largas guerras del siglo XVI y las crisis financieras que fueron su inevitable secuela.

I.

El ejército expedicionario había de estar constituido, según el presupuesto, de cinco mil infantes españoles repartidos en dos tercios, de seis mil alemanes en dos coronelías, de cuatro mil italianos, de cuatro mil gastadores, de una batería de artillería y de los navíos necesarios para el traslado de la tropa hasta los puertos africanos.

Cada tercio español había de constar de diez compañías de 200 picas y de dos de 250 arcabuceros. Una cuarta parte de los piqueros iría revestida de coseletes y cada compañía incluiría quince mosqueteros. La

presupuestada organización de los contingentes mercenarios es muy parecida, salvo que en ella no se distinguen los infantes por su armamento. Por lo que respecta al número, cada compañía de la coronelia italiana alistaría 250 hombres, en tanto que los germanos registrarían a 300.

Durante el combate, las veinte piezas de artillería (doce cañones, cuatro medios y cuatro culebrinas) serían atendidas por cinco artilleros para cada boca de fuego, a las órdenes de un gentilhomme por cada dos piezas.

El documento calcula así el tonelaje de la flota; « Para la embarcación de los seis mil Alemanes, y cuatro mil italianos, presuponiendo que serán doce mil bocas, los diez mil soldados y los dos de servicio... serán menester ocho mil toneladas, dando dos toneladas a tres personas ». Otras tantas seguramente — la cifra exacta no viene consignada — serían necesarias quizá para el transporte de las tropas restantes con su respectiva oficialidad, la artillería y los marineros de servicio.

El presupuesto no menciona ningún contingente lusitano. Es de suponer que alguno habría de acompañar a su rey. En la expedición que don Sebastián llevó a cabo más de ocho mil infantes portugueses acudieron al combate³. Pero los gastos de tales tropas no tenían que ser calculados por la burocracia española. Felipe II en la entrevista de Guadalupe prometió « concurrir a la expedición con cincuenta galeas y cinco mil infantes », según Queiroz Velloso, y fué el Duque de Alba quien exigió los contingentes extranjeros. Los portugueses peleaban heroicamente en África y en la India en asaltos o defensas de ciudades y plazas fuertes. Nadie les excedía en estos combates, pero hacía un siglo que no se batían en campo abierto. Tampoco prevé el texto de la Academia de la Historia de Madrid un cuerpo de caballería de nobles portugueses, que guerreó en aquella campaña.

El texto conjetura cuatro meses de duración a la jornada contra Abd-el-Malek. Las tropas tudescas e italianas sientan plaza por siete meses, « los tres para venir al servicio y volver a sus casas, y los cuatro para asistir a dicho servicio ». Los galeones y marineros se enganchan por igual tiempo para traer de los reinos de Sicilia y Cerdeña a los efectivos mercenarios y para devolverlos luego a su lugar de origen. En resumen, « presuponesse que estarán en tierra en dicha jornada 30U-bocas incluso en general Coroneles, Capitanes, Artillería, soldados y oficiales, gastadores, Marineros, Hospital botica, y todas las otras personas y gente de servicio tanto del ejército como de los nauíos ».

³ QUEIROZ, *op. cit.*, pág. 259.

Los tercios españoles y los bajeles que habían de trasladarlos correrían a cargo de Felipe II y su costo « en esta Relación no se pone por cuerpo de gasto, porque lo que toca a los dichos Españoles ua por otra cuenta aparte ». El presupuesto atiende por consiguiente a tres clases de dispendios únicamente: la paga de las tropas, la manutención del ejército expedicionario, los pertrechos propios para el combate.

Excluidos castellanos y portugueses, la tropa habría de devengar en total 484.088 ducados según la siguiente distribución:

Alemanes	7 meses	239.120 ducados
Italianos	7 »	104.062 »
Marinería	7 »	48.090 »
Gastadores	4 »	67.640 »
Artilleros	4 »	9.156 »
Oficiales del Ejército y horneros	4 »	16.020 »

La alimentación de las treinta mil bocas se calcula en 68.248 ducados mensuales, lo cual supone para la jornada de África 272.992 ducados. Esta suma significa simplemente una inversión temporal de la hacienda real ya que « Háse de advertir que auéndosse de uendersse como se an de uender en tierra las dichas uituallas y batimentos a la dicha gente se uerná a sacar por cada Ración largamente tres quartillos de vn real que en treinta mil Raciones montan cada mes 61U363 ducados que descontados de los dichos 68U993 ducados que monta el coste de dichas uituallas quedan que costarán 7U630 ducados poco más o menos cada mes, los quales también se pueden abonar en casso que se quieran subir de precio los dichos Bastimentos ». El déficit que habría de abonar el erario era todavía menor. Podemos afirmarlo con mayor precisión, puesto que bajó el rubro alimentación figuran en el presupuesto unas partidas de cebada, paja, heno y harina para caballos y bueyes, por valor de 745 ducados, las que en buena ley no deben ser cargadas a la cuenta de tropa.

El costo de la alimentación durante cuatro meses de todo el ejército se eleva tan sólo a 27.540 ducados. Esa cifra representa con poca diferencia el 10 % del capital invertido inicialmente en la adquisición de comestibles. Una operación similar a la que efectúa el propio presupuesto permite hallar el déficit que produce a la hacienda el abastecer a mercenarios y marineros durante el viaje por mar. De los 77.025 ducados invertidos, la hacienda habría de recuperar 73.636. La suma de ambas diferencias, la de la alimentación en tierra más la de la alimentación en mar, da 30.929 ducados, los que podían ser por otra parte per-

fectamente recuperados, como confiesa el documento, elevando el precio de venta de los víveres.

El vestuario y calzado correría a expensas del soldado. El presupuesto prevé la necesidad de la tropa de adquirir durante la campaña alguna pieza de ropa; «será necesario hazerse prouisión de Alguna buena Cantidad de çaragüelles, gregescos, casacas de paño, Coletos, Camisas, Jubones, sombreros Bainas de espadas Talabartes y petrinas para los soldados». En lugar de invertir la hacienda en su adquisición alguna suma aunque «después se ha de tornar a embolsar con las costas que en ello vuicre», la administración militar prefiere que «se hallassen mercaderes que quissiesen prouer todo esto poniédolo Vna Tassa moderada a como an de Vender a la gente o a sus auenturas que haziéndoles alguna otra comodidad sería más apropósito que no desembolsar el dinero que para esto sería menester».

Un criterio distinto parece sustentar la administración para otros cuerpos. En los gastadores no se admite el abigarrado vestir del infante, que tiene libertad de elegir su traje. A cada gastador se le proveerá de un uniforme: «casacas o capotillas de dos aldas de paño de diferentes colores por ser conocidas las compañías, a medio ducado cada vna». Las casacas «se les descuentan a los dichos gastadores de sus pagamientos en dos o tres meses».

Los tenedores de bastimentos cuidarán de almacenar veinte mil pares de zapatos y otros tantos de alpargatas. No corresponde siquiera un par a cada soldado. El precio que habría de deducirse del sueldo a quienes los tomasen era de dos reales y medio el par de zapatos de cuero y un real las alpargatas.

Al iniciarse la campaña se entregaría a cada soldado para llevar la bebida una «botilla» de cuero de azumbre y tres cuartillos de capacidad, valorada en dos reales; y también una mochila de lienzo capaz para ocho libras, a real cada una. Además el presupuesto prescribe que cuanto valieran las armas, picas, arcabuces, pólvora, etc., habría de restarse del salario de los soldados, lo que ahorraría al erario alrededor de 35.000 ducados.

Por último agreguemos que el hospital, la botica y el personal en ellos destinado se mantendría de un real que se descontaría a cada soldado español cada mes «porque los Alemanes y Italianos no se curan, y assí no se les saca de sus pagas ninguna cosa». No obstante esta contribución se perderían en la cuenta unos 750 ducados «porque son muchos los gridos (heridos) que ha de pagar del dinero del ejército».

El sostén de los combatientes, su alimentación, su vestido o su salud

no ocasionaban, como acabamos de ver, grandes dispendios a la hacienda. El soldado atendería a todo con cuanto cobraba. La mayor inversión consistía en la paga de la tropa. Sin alcanzar en verdad la misma cifra, el material bélico que había de emplearse en la campaña exigía también una suma considerable. El armamento, pertrechos de guerra, materiales y herramientas de distintas clases se calculan en unos 219.334 ducados, distribuidos de la siguiente manera:

Armas y municiones del ejército.....	100.577 ducados
Objetos diversos necesarios en mar y tierra.....	46.099 »
Pólvora y plomo para la artillería.....	20.623 »
Herramientas para zapadores, carpinteros y herreros...	12.017 »
Material para artillería.....	35.758 »
Hospital y botica.....	4.260 »

Claro que de este total de 219.334 ducados habían de restarse las cantidades que, para entretenimiento del hospital y la botica, habían de pagar los combatientes, salvo unos 750 ducados, y además 35.000 ducados que valían las armas y municiones entregadas.

Las indicaciones del texto respecto a los disparos que efectuaría probablemente la artillería nos permiten de manera muy simple determinar el precio que para el erario suponía cada cañonazo. Se calculó que cada boca de las veinte piezas de la batería lanzaría durante la campaña contra Abd-el-Malek cuatrocientos disparos. Los ocho mil tiros, entre balas de plomo (3.340 ducados), pólvora (17.043 ducados) y mecha (240 ducados) costaban unos 20.623 ducados. Cada cañonazo valía por consiguiente dos ducados, seis reales y ocho maravedís, poco menos que la paga mensual de un infante.

Finalmente, mencionaremos diversos gastos aislados: el alquiler de los bajeles, unos 4.360 ducados; la alimentación del ganado, 2.980 ducados, etc.

La imagen que se desprende del registro realizado de las diversas partidas de gastos y de las cifras correspondientes a cada una de ellas, resulta en verdad harto confusa. ¿Para evitar tal inconveniente debiéramos haber intentado reconstruir con rigor el presupuesto exacto? Sus datos tan poco precisos nos habrían inducido a cometer un sin fin de arbitrariedades. Además de difícil, ese trabajo carece de sentido. Hemos preferido en cambio agrupar en párrafos amplios las distintas expensas. Por culpa de la imprecisión de cada una de las partidas, la suma de las cantidades globales de cada capítulo no nos proporciona, a pesar nuestro, una cifra total que refleje con exactitud los gastos de la jornada de

Marruecos. Sin mayores exigencias aceptemos por lo tanto los 727.932 ducados que consigna el texto como la cantidad más precisa a la que podemos llegar. Aun cuando estemos en condiciones de efectuar ciertas observaciones en su contra, no está, pese a todo, muy alejada de la suma total de los gastos de la campaña. Siempre que, naturalmente, se agreguen a la misma las cantidades que cuestan los tercios españoles, la caballería y la infantería portuguesas no incluídas.

La expedición a Marruecos fué una guerra marginal comparada con cuantas tuvieron lugar en aquel agitado siglo xvi. Campaña de corta duración, guerra contra un imperio no muy floreciente. El propio don Sebastián contaba de antemano con la complicidad del Jerife depuesto, Muley Mohammed, que le requirió que interviniese en los asuntos marroquíes, y con la debilidad producida por las luchas intestinas del imperio. El Jerife prestó incluso al ejército portugués algún apoyo en hombres.

El presupuesto, pese a la proximidad del escenario de las operaciones, exigía una suma desorbitada para poner en ejecución la idea del rey. La guerra de África obligaba al erario real portugués a un esfuerzo excepcional. Nunca los ingresos ordinarios hubieran permitido a don Sebastián financiar tal empresa. Como tantos otros soberanos hubo de recurrir a intrincados manejos para allegar a sus arcas la suma necesaria y, al fin, hubo de acudir al crédito. Queiroz Velloso, en su conocida biografía de don Sebastián, relata la actividad desplegada sin desaliento por el rey durante varios años. Al final, fracasadas las negociaciones en Florencia y en la corte castellana, recurrió a infinidad de expedientes en procura de dinero⁴. Del banquero alemán Rott logró un empréstito al 8 % de 400.000 cruzados⁵. Los cristianos nuevos facilitaron al rey un subsidio de 240.000 cruzados, a cambio de una gestión suya cerca del papa Gregorio XIII para la promulgación de un breve que suspendiese por diez años las confiscaciones de bienes, caso de ser presos por el Santo Oficio. El Papa promulgó además la Bula de Cruzada contra los sarracenos, que reportó al monarca portugués importantes cantidades de numerario. Por fin, don Sebastián creó nuevos impuestos (el 1 % sobre bienes raíces y el estanco de la sal); recaudó considerables contribuciones, voluntarias, de los magnates, de los eclesiásticos, de los comerciantes y de las ciudades; vendió luego 130.000 cruzados depositados en plata

⁴ QUEIROZ, *op. cit.*, págs. 177 a 181.

⁵ El cruzado de Portugal valía en Castilla 375 maravedís, según MATEU Y LLOPIS, *Glosario Hispánico de Numismática*.

sin acuñar en la Casa de la Moneda de Lisboa y retiró, bajo solemne promesa de reintegrarlos una vez concluida la guerra, los depósitos de las « Arcas de Huérfanos, Difuntos y Ausentes »

La campaña de Berbería dejó exhausta la hacienda real y gravitó más tarde profundamente en la economía portuguesa. El número de hombres apresados por los marroquíes en Alcazarquivir ascendió a cifra tan elevada que su rescate no pudo pagarse al contado. La liberación de los cautivos absorbió durante largo tiempo, después de terminada la guerra, importantes cantidades de alhajas y de numerario. Tan caudalosa fué la corriente de riquezas que Portugal hubo de desviar de sus arcas hacia Marruecos, que, según Braudel, el sucesor del viejo Abd-el-Malek, el príncipe Al-Mansur, fué apodado « El-Dahabi », el dorado, pues fué él su mayor beneficiario ⁶.

II

Queda citado arriba el monto global de los sueldos de la tropa de infantería, de los artilleros, de la marinería. Insistamos de nuevo sobre tales sueldos, con la intención ahora de individualizar cada paga.

El presupuesto acumula a veces en una cifra de conjunto bastantes salarios de diversa monta ; de ahí que tropecemos con dificultades para lograr estimar con exactitud cada uno. Por desgracia ocurre esto en tres ocasiones : a) Una cifra agrupa los estipendios del sargento mayor, furriel mayor, barrachel de campaña, auditor, médico, cirujano, alguacil, escribano, verdugo y jinetes ; b) La suma global de 6.870 ducados mensuales abarca las pagas tanto de los marineros como de sus capitanes ; c) En 1446 ducados mensuales se cifran a un tiempo los ingresos de los dos coroneles tudescos y de sus respectivos estados mayores. Sus sueldos no andarian muy lejos de los que percibían los mismos oficiales en la infantería italiana, por ejemplo.

En las tablas que figuran a continuación se incluyen dos tipos de salarios: los cobrados por los efectivos militares y los percibidos por civiles, que acompañaban al ejército. De la comparación de ambas tablas resalta ante todo la enorme distancia entre la remuneración de la oficialidad superior y la paga del soldado. Tomando como base unitaria los tres ducados de la soldada que éste percibía, las cifras índices de los sueldos serían éstas: del capitán general de artillería, 66; del coronel italiano, 33; del maestre de campo español, 26; del capitán, 13. En las categorías

⁶ FERNAND BRAUDEL, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Paris, 1949, pág. 1023.

TABLA I
Paga de los efectivos de infantería, en ducados

Categoría	Española paga ventaja	Italiana paga ventaja	Alemana paga ventaja	Gastadores paga ventaja
Maestro de campo..	80			
Coronel		100	723 (a)	50
Capitán.....	40	40		25
Alférez	12	12		10 (b)
Sargento.....	5	5		
Cabo.....	3+3	3+3		4+2
Alabardero.....	4			
Tambor o pífano...	3	3		
Arcabucero.....	4		2/7/11+3/4/6 (c)	
Mosquetero.....	3+3			
Coselete	3+1			
Soldado.....	3	3	2/7/11+2/7/11 (c)	4 (b)

a) Sueldo de un coronel y todo su estado mayor.

b) La nomenclatura en el cuerpo de gastadores difiere. Portaenseñas en lugar de alférez y gastador en lugar de soldado o piquero.

c) En las cantidades separadas por barras inclinadas, la primera cifra corresponde a ducados, la siguiente a reales y la última a maravedís.

TABLA II
Paga de los efectivos de artillería, en ducados

Grados militares		Empleos civiles	
Capitán general.....	200	Capellán.....	6
Teniente.....	40	Médico.....	15
Gentilhombre.....	15	Furriel.....	20
Mayordomo de artillería y dos ayu- dantes.....	41	Contador y pagador con sen- dos oficiales.....	110
Conductor de pieza.....	10	Prevoste.....	23
Artillero.....	8	Refinador o fundidor.....	10
Alabardero.....	4	Maestre de artillería.....	20
		Carpintero o albañil.....	10 u 8
		Herrero.....	10
		Maestre herrador.....	10
		Ayudante herrador.....	5
		Obrero, tonelero, cordelero, minador.....	8
		Maestre tendero con dos ofi- ciales.....	22

subalternas la distancia, claro está, se acorta: teniente de artillería, 5; alférez, 4; portaenseñas de gastadores, 3,3; y finalmente el sargento no alcanza siquiera a duplicar la paga del soldado ⁷.

Si quisiéramos inferir de estos resultados una prueba de los muy desiguales niveles de vida que conoció la sociedad española del siglo xvi, cosa por cierto no puesta jamás en duda, convendría comparar de preferencia los ingresos de la oficialidad, no ya con la paga del soldado, que es de todos los asalariados el peor retribuido, sino con el jornal de los obreros que acompañan a la artillería. Así resulta que el capitán general cobra veinte veces lo que cualquier maestre carpintero, albañil o herrador, o cuarenta veces lo que un simple ayudante de los mismos oficios; el coronel italiano 10 y 20 veces; y el teniente de artillería 4 y 8 veces respectivamente.

Debe mencionarse por separado el bajo sueldo asignado al capellán, seis ducados, inferior al de cualquier trabajador manual. Sin duda, gracias a limosnas o misas, vería crecer al cabo del mes su meneguado peculio.

Por medio de capitulaciones suscritas por el coronel y el representante del rey castellano, se enganchaban los mercenarios. En ellas se ajustaba el número de soldados y las condiciones económicas de la movilización: «Y quando se entregare la gente se entregaran las listas y el stal Brieff ⁸ que es un scripto donde están las capitulaciones que se guardan reciprocamente», dice el texto al referirse a los tudescos. En el caso concreto de nuestro presupuesto, los alemanes no suscribirían un nuevo documento: «estando ya alebantada esta gente auíendosse de embarcar en los Reynos de Çiçilia, y Cerdeña aurásse de tomar en la forma, que estuuiere asentada en las listas». Por hallarse ya bajo banderas, el erario economizaba un socorro concedido a los germanos, el «Auffguet, que es cierta suma de dinero que se da a cada soldado para venir desde su casa a la plaça nra.», dice el texto. La prima variaba «conforme a la

⁷ El virrey de Nápoles, conde de Benavente, decidió establecer presidios fijos o conceder a la tropa un socorro para alojamiento, a cambio de eximir a la población civil de la obligación de alojar al ejército. El soldado Miguel de Castro pone de relieve la proporción guardada entre la cantidad otorgada a los soldados, tomada como unidad, y la concedida a algunos grados; dice: «... de aquél dinero le dan a los soldados, cuando están en los presiçios, doce granos gratis, que son un carlín y dos granos, a los cabos de escuadra doble; al sargento tres bocas; al alférez, cinco; al capitán, diez». Comparados con estos índices, los sueldos de los subalternos guardaban en el ejército de África menor distancia, en proporción, con la paga del soldado. Cf.: *Vida del soldado español Miguel de Castro escrita por él mismo*, Buenos Aires, 1949, pág. 15.

⁸ Seguramente: *stand brief*, pliego de asiento.

distancia del camino que hazen desde sus casas a la dicha plaza nuestra », añade. El acuerdo estipulaba la paga de cada alemán en florines, que al cambio en ducados castellanos suponía unos 124 maravedís menos que los sueldos cobrados directamente en ducados.

Al diferir de un arma a otra o de una coronelía a otra los términos de las capitulaciones, las condiciones de enganche y las soldadas diferían también, lógicamente. Existe un continuo paralelismo en la remuneración de las diversas categorías de soldados españoles e italianos, al fin y al cabo, ambos por igual súbditos del mismo monarca. La oficialidad italiana percibía por el contrario sueldos inferiores a los de sus colegas de igual categoría de la infantería castellanana. Los gastadores, por obra de su especialización, cobraban en cambio un ducado más que los simples infantes.

En los tercios españoles, los soldados empuñaban armamento distinto. De aquí una progresiva diferencia en el salario. Había una primera distinción entre compañías de soldados rasos y de arcabuceros, distinción que se repite en el contingente germano. Los arcabuceros castellanos o tudescos cobraban un ducado o un florín sobre su paga de soldados. En una misma bandera de infantería pueden distinguirse tres tipos de plazas con sueldos diferentes: los piqueros, que sólo costaban tres ducados mensuales al erario; los coseletes, que añadían un ducado a su paga de soldado; y los mosqueteros, a quienes se otorgaba una sobrepaga de tres ducados. La razón de tal disparidad hemos de buscarla en la creciente especialización que requería el manejo de los armamentos. La artillería, el cuerpo que exigía mayor preparación técnica, percibía legítimamente salarios superiores. El artillero, según el testimonio del presupuesto, recibía un 265 % más que un piquero castellano, en tanto que su Capitán General duplicaba los ingresos mensuales de un coronel italiano.

Una última diferencia en las pagas de las tropas hallamos en las ventajas que se obtenían por merced real: en mérito a acciones bélicas, por gracia regia especial o de manera irregular, por compra a un precio de cien escudos, según treinta años más tarde nos informa el soldado Miguel de Castro en su enjundiosa autobiografía⁹. El presupuesto menciona por separado en cada capítulo: las cantidades de las pagas ordinarias, las que correspondían a ventajas debidas a servicios y las espe-

⁹ *Op. cit.*, pág. 194: « En fin, esta ventaja del rey se la compró Luisa como en aquél tiempo se sabe que se vendían, y le costó cien escudos a ella con papeles no sé de qué modo, que había hombres que trataban de esta mercancía. »

ciales concedidas a particulares. En las compañías italianas y españolas, estas últimas alcanzaban habitualmente, según testifica el documento, al diez por ciento de las cantidades destinadas a pagas ordinarias. Entre tudescos se repartía una sobrepaga, gracias a la cual se duplicaban sus soldadas, inferiores a las de cualquier otro cuerpo.

El simple soldado, el piquero de cualquier compañía italiana o española sin ventaja alguna, cobraba tres ducados por mes. Esa cantidad no suponía sin embargo la paga mínima del ejército. En carta fechada en el Escorial en noviembre de 1564, Felipe II refiere que la soldada en la plaza de Orán era de 1.000 maravedís; por ser allí la vida más barata¹⁰. Esos tres ducados — 1.125 maravedís — se reducen a 360 al restar, a razón de tres cuartillos de real diarios, el valor de la alimentación mensual del soldado. Éste invertiría por consiguiente en su manutención poco más de dos tercios de su sueldo. La administración restábele luego de su peculio un real mensual para hospital y botica. Con el menguado resto — 326 maravedís — el piquero habría de atender a su vestido, armamento y gastos personales.

En algunos casos, las cargas que pesaban sobre los ingresos de la tropa no concluían ahí. Con cierta frecuencia los veteranos se hacían acompañar a las campañas por sus esposas o se hacían seguir por unas alegres jacarandinas, recordadas con frecuencia en el teatro y en los relatos del siglo de oro. El texto publicado por Rodríguez-Moñino admite abiertamente ese hecho, que al concepto actual de disciplina militar resulta chocante. Los gastos de entretenimiento de la mujer o de la amiga evidentemente habrían de recaer sobre el soldado. En caso de muerte de un alemán, si se hallase con el ejército su mujer — advierte el presupuesto — se le haría entrega de la paga del difunto. Si en cambio no se encontrase presente, por conducto del coronel de su compañía, se le remitiría al país donde residiera.

Se carece por el momento de índices del costo de la vida, que permitan apreciar con exactitud el nivel de la que llevaban las clases populares por aquellos años. A estos índices podrían luego referirse las cifras anteriores para establecer cierta relación entre el nivel de vida del soldado y el del trabajador. Los testimonios escritos del siglo xvi han legado una imagen misera, de todos conocida, de la azarosa vida del soldado de cualquier nación. Los datos confirman la imagen de la penuria. Una comparación superficial de las cifras que contienen las Tablas I y II revela ya claramente la diferencia entre la remuneración del soldado y

¹⁰ BRAUDEL, *op. cit.*, pág. 686.

los salarios de los trabajadores. Un carpintero o albañil triplicaba con su sueldo, por cierto corto en poder adquisitivo, la paga de un piquero. Un simple jornalero duplicaba casi esta misma paga.

A la inflación de precios, creciente a lo largo de todo el siglo XVI, no corresponde un alza paralela de los salarios. Los estudios económicos del eminente profesor Earl J. Hamilton han hecho patente el retraso de los salarios de los trabajadores respecto a los precios. En el ejército se conoce un fenómeno similar. La paga de los tercios españoles entre 1530 y 1553, según los documentos consultados por Ramón Carande ¹¹, coincide con la estipulada en la Tabla I para el año 1577, salvo en un par de cantidades. Ahora bien, las cifras consignadas por Carande figuran en escudos de 350 maravedís, las pagas del presupuesto, en cambio, en ducados de 375 maravedís. Sin embargo no era más que aparente el aumento de 75 maravedís mensuales por paga producido por la sustitución de la unidad monetaria. En noviembre de 1566, Felipe II había promulgado una ordenanza fijando en 400 maravedís el valor del escudo, que hasta entonces se cotizaba en el mercado con premio ¹². Beneficiado durante un tiempo por la revalorización del escudo, el soldado dejó de ser contratado en tal moneda. Por tal causa perdía en realidad 25 maravedís.

III

En dos apartados, el presupuesto atiende al abastecimiento del ejército. En uno estipula las cantidades de comestibles que habían de entregarse a los contingentes italianos y alemanes y a la marinería durante el viaje desde Sicilia y Cerdeña hasta los puertos africanos. En el siguiente detalla el acopio de víveres necesarios para la manutención de las treinta mil bocas del cuerpo expedicionario. Los alimentos varían escasamente en uno y otro apartado. La ración de pan se distribuye sobre los buques en forma de galleta marinera; en cambio, desaparecidas las dificultades de cocción, se destina un amplio cupo de harina para que fuera amasada y cocida en tierra por el equipo de panaderos que acompañaba al ejército. Para los meses de campaña en África se prevén dos tandas de pescado seco, además del atún: la una de bacalao, la otra, algo mayor, de pescado ceccial.

¹¹ RAMÓN CARANDE, *Carlos V y sus Banqueros*, II; *La Hacienda Real en Castilla*, Madrid, 1949; pág. 24.

¹² EARL J. HAMILTON, *La inflación monetaria en Castilla*, pág. 54, en *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica*, Madrid, 1948.

Ambas serían quizá reemplazadas durante el viaje por pescado fresco. Éstas son las únicas variantes entre una y otra lista de alimentos.

En su mayoría las cantidades de víveres se cifran según el sistema métrico italiano de aquél siglo, que para nuestros cálculos reduciremos al decimal.

El bizcocho se calcula en « quintales de a 150 libras de peso de Génova ». Las libras de Génova, a diferencia de las castellanas, se dividen, por tradición romana, en doce onzas. La ración de bizcocho o galleta, dos libras según el documento, es la misma que en la flota de Indias: 24 onzas¹⁸. Para el diccionario de la Academia de la Lengua la onza vale 28 gr. 7 de nuestro sistema métrico decimal, de donde deducimos un valor de 0,3444 kg para la libra y 51,58 kg para el quintal. El saco italiano de a doce rubos « contando cada rubo a veinte y cinco libras de doce onzas » pesaría por lo tanto 100,92 kg. En el documento no figura en adelante referencia a sistema ponderal diferente del señalado. Por consiguiente operamos en cuantas indicaciones de peso hallamos en él con los valores arriba aceptados.

Habas y garbanzos se mencionan, como es tradicional en Castilla, no al peso sino por medida de capacidad: la fanega y el tumbano. No hemos logrado encontrar referencia a la capacidad del tumbano; pero la comparación de precios nos permite creer que no debía exceder de la fanega. La fanega de España, tan variable según las regiones y la cosecha, debía tener, conforme al presupuesto, ochenta libras o sea 27,552 kg.

« La Ración de vino es vi asumbre a cada soldado para tres días y conforme a esta cuenta serán menester 17U333 arrobas que harán 666 botas de Génova contando 500 pintas por bota ». La bota de Génova contiene, pues, claramente 26 arrobas. La arroba en los líquidos se divide en ocho azumbres, que equivalen cada uno en nuestro sistema decimal a dos litros con 0,16 ml.

Los cupos de víveres provistos mensualmente para la campaña de Marruecos se elevaban por tanto a las siguientes cantidades:

Harina	716,532	Toneladas
Bizcocho.....	103,287	»
Tocino o carne salada.....	80,982	»
Queso.....	46,512	»
Atún.....	46,512	»
Arroz.....	23,256	»

¹⁸ HAMILTON, *Paga y alimentación en las flotas de Indias (1503-1660)*, en *op. cit.*, pág. 100.

Bacalao.....	23,256 toneladas
Pescado cecial.....	46,512 »
Habas.....	19,422 »
Garbanzos.....	11,020 »
Sardinias o anchoas.....	4.000 barriles
Aceite.....	11.284 litros
Vino.....	787.287 »
Vinagre.....	25.872 »

Multiplicando las anteriores cifras por cuatro, los meses que habría de durar la jornada de África, obtenemos las cantidades que habían de acopiarse primero y de transportarse luego hasta los puertos. Los abastecimientos por sí solos exigían, pues, una amplia movilización de tonelaje de buques. Otra lista parecida podría hacerse con las vituallas que habían de consumirse durante la navegación, pero no queremos insistir sobre este aspecto.

A un tiempo figuran en la relación anterior harina y bizcocho. El bizcocho o galleta marinera, advierte el documento, se entregaría únicamente a los marineros que aguardarían a los combatientes mientras peleaban en tierra. La partida de garbanzos parece particularmente reducida para tan amplios efectivos. Esa leguminosa, nótese bien, estaba considerada como manjar medicinal y, de no consumirse toda la cantidad, habría de ser entregada a los bajeleros en pago de su servicio. Atentos a tal advertencia, al establecer la dieta del soldado prescindiremos de los garbanzos.

Los alimentos no se suministraban por igual, claro está, todos los días. Cotidianos eran el pan y el vino, base segura y fuerte del sustento de la tropa. Corresponderían oficialmente a cada soldado 688 gramos de pan por día y un azumbre de recio vino cada tres.

La carne salada o el tocino formaban parte de la comida durante trece días al mes. Cuatro veces por semana se distribuiría la ración de aceite. Es posible que coincidiera con el suministro de pescado. A siete arrobas mensuales para cada cien hombres supone siete centilitros por soldado cada día. Además, ocho días por mes se abastecía a los hombres de un trozo de queso de 195 gramos aproximadamente. Los comestibles citados en este párrafo tienen todos ellos en mayor o menor grado materias grasas.

El atún entraba en el menú de los combatientes en ocho oportunidades a razón de 195 gramos la porción. El pescado cecial — merluza o congrio secado al aire — alternaba con el atún en cantidad y frecuencias parecidas. El bacalao, en cambio, se suministraba solamente en cuatro

fechas por mes. Sardinas o anchoas, a cuatro unidades por cabeza, se repartían según el primer apartado ocho veces y conforme al segundo en trece ocasiones al mes.

En el capítulo de vituallas almacenadas para la travesía, figura el arroz a razón de dos onzas por persona o sea 57 gr. En tierra se comía cereal con igual frecuencia — trece raciones — pero de 178 gr. A la inversa, durante el viaje por mar se suministraba mayor ración de leguminosas — 103 gr — que en tierra, donde se entregaban sólo dos onzas por boca.

Resulta por tanto que, además de los alimentos cotidianos, el pan y el vino, la tropa comía cada día un plato de pescado de unos 200 gramos y otro de arroz o leguminosas. Todo ello guisado con grasa suficiente y condimentado con vinagre, ajo y sal. Tres veces por semana se distribuía una ración de carne y un par de veces un buen trozo de queso. Se ignora, en cambio, por completo, cómo se repartían los comestibles entre las diferentes comidas del día y también las alteraciones más o menos regulares del menú en el curso de la semana.

A continuación reproducimos en dos cuadros con mayor claridad gráfica los datos ya conocidos. El primero reúne las raciones individuales que habían de entregarse durante el trayecto por mar entre Sicilia y Marruecos; el siguiente las raciones del ejército expedicionario. Se han transcrito en la segunda columna de la tabla III las palabras con que el propio presupuesto individualiza cada ración. Su peso o su capacidad han sido vertidas en la tercera columna a su correspondiente en el sistema decimal, para facilitar operaciones ulteriores. En los casos en que el presupuesto no hace mención de la ración, se han deducido los gramos o centilitros de ésta, de la cantidad total asignada para las treinta mil bocas. Por último, la columna de la derecha informa de la frecuencia con que entraban en el menú diario.

Para elaborar las tablas de equivalencia calórica de los víveres indicados en el presupuesto, hemos tenido presente los datos analíticos recopilados por Charlotte Chatfield¹⁴ y las recomendaciones y métodos

¹⁴ *Tablas de composición de alimentos para uso internacional, preparadas por Charlotte Chatfield, Estudio de la F. A. O. sobre nutrición n° 3, Wáshington, diciembre de 1949.* No otro criterio menos simplista que el de autoridad nos ha guiado en la elección de las tablas. Desconocemos su valor científico por ser ajenos a la materia. Hablan, sin embargo, a su favor, la gran cantidad de bibliografía consultada y la proximidad de la fecha de su edición. La advertencia parece oportuna, pues de seguro al operar con otras tablas y otros métodos los resultados sean diferentes. Notamos particularmente esto al comparar los datos obtenidos con los que Hamilton, con una dieta muy similar, expone en el trabajo citado.

propuestos por el Comité para el estudio de los factores de conversión en calorías¹⁵. Gracias a sus informaciones, hemos podido hallar las cantidades de proteínas, grasas e hidratos de carbono de cada comestible. De esas cantidades hemos calculado el equivalente cálcico con ayuda de los coeficientes individuales de Atwater¹⁶. Sumados los resultados obtenidos para cada miembro de la triplice composición de los alimentos hemos logrado el valor energético de cada ración.

TABLA III

Alimento	Ración	Cantidad	Frecuencia
Bizcocho	2 libras de a 12 onzas	688	diario
Carne salada o tocino...		171	13 al mes
Queso.....		195	8 "
Atún		195	8 "
Arroz.....	2 onzas	57	13 "
Habas o garbanzos	6 fanegas para 100 hombres al mes	103	16 "
Sardinas o anchoas.....	4 unidades		8 "
Aceite.....	7 arrobas para 100 hombres al mes	7	16 "
Vino.....	1 azumbre cada tres días	67	diario

TABLA IV

Alimento	Cantidad	Frecuencia
Harina.....	688	diario
Tocino o carne salada.....	207	13 al mes
Queso.....	195	8 "
Arroz.....	178	13 "
Atún.....	195	8 "
Bacalao.....	193	4 "
Pescado Cacial.....	195	8 "
Habas.....	52	16 "
Aceite.....	7	16 "
Vino.....	67	diario
Vinagre.....	2.8	"
Sardinas o anchoas.....	4 unidades	13 al mes

¹⁵ *Elementos nutritivos productores de energía en los alimentos y cálculo de los valores energéticos en calorías*, F. A. O., Washington, mayo, 1947.

¹⁶ *Elementos nutritivos*, op. cit., cuadro 2, pág. 16.

Los autores de ambos opúsculos, según se advierte en ellos, han contado en sus operaciones con las pérdidas sufridas de modo constante, ya sea por el desecho de las porciones no comestibles de los víveres, sea ya por la eliminación fisiológica, etc. En consecuencia, las cifras expresan el valor energético asimilado una vez digeridos los alimentos. Precisan, pues, el valor fisiológico de las raciones.

TABLA V

Alimentos	En gramos			En calorías			Calorías diarias	Calorías mensuales
	Prot.	Grasas	H de C	Prot.	Grasas	H de C		
Bizcocho.....	72.7	13	508.4	260.7	108.8	1921.7	2291.2	68.736
Carne salada.....	37.6	29	—	160.5	261.5	—	422	5.486
Queso.....	47.7	60.4	3.9	203.6	530.9	15	749.5	5.996
Atún.....	74.1	19.5	—	316.4	171.4	—	487.8	3.902
Arroz.....	3.8	0.39	44.9	14.7	3.2	184.8	202.7	2.635
Habas o garbanzos.	22.8	2.1	63.4	79.1	17.5	258.1	354.7	5.575
Aceite.....	—	65.7	—	—	580.7	—	580.7	9.291
Promedio diario.....								3.387

Una simple operación aritmética permite establecer el promedio diario de calorías. El número de ellas, que, conforme a una estimación reciente¹⁷, exige el organismo a un adulto que desarrolla un trabajo no excesivo, es de 3.200 calorías diarias. Las tablas, en cambio, muestran un promedio diario de 3.387 calorías en la dieta prevista para el viaje en los bajeles y 3.649 para las jornadas en tierra. El primer promedio resulta ligeramente superior a la cantidad requerida; en cuanto al segundo parece justo, tenida cuenta del esfuerzo suplementario que el soldado había de rendir en los combates o en las largas marchas del ejército sobre el territorio marroquí, en busca del enemigo.

El presupuesto propone suministrar a la tropa indiferentemente carne salada o tocino. Tal libertad, debida al análogo precio de ambas mercaderías, supone en verdad una diferencia notable de calorías si se adopta en la dieta una en lugar de otra. Los promedios anteriores, que contienen el valor energético de la carne, se convierten con el del tocino en 3.639 y 3.959 calorías respectivamente. Es probable que, aunque se decidiese la administración por uno de estos alimentos, se incluyese

¹⁷ *Calorie Requirements*, F. A. O., Nutritional Studies, n° 5, Washington, junio, 1950.

también alguna partida del otro. Así, pues, ninguna de estas cifras es segura. Quedan además por agregar las raciones de sardinas o anchoas, de las que por figurar en el presupuesto por unidades y no por peso, nos ha sido imposible efectuar su conversión en calorías; asimismo queda por incluir el valor del consumo diario de vino, que no pudo serlo, por carecerse en la actualidad de conocimientos firmes sobre el contenido energético del alcohol¹⁸.

No cabe duda, pues, que el promedio sería superior al indicado y afirmamos, en consecuencia, que la alimentación estipulada por el presupuesto resultaría cuantitativamente más elevada que lo suficiente.

TABLA VI

Alimentos	En gramos			En calorías			Calorías diarias	Calorías mensuales
	Prot.	Grasas	H de C	Prot.	Grasas	H de C		
Harina	72.7	13	508.4	260.7	108.8	1921.7	2291	68.736
Carne salada	45.5	35.1	—	194.2	306.6	—	500.8	6.570
Queso	48.7	60.4	3.9	203.6	530.9	15	749.5	5.996
Atún	74.1	19.5	—	316.4	171.4	—	487.8	3.902
Arroz	11.9	1.1	140.4	46.1	9.2	578.4	633.7	8.238
Bacalao	65.6	4.8	—	280.1	43.2	—	323.3	1.283
Pescado Cecial	66.3	4.8	—	283.1	43.2	—	326.3	2.610
Habas	11.5	1	32	39.9	8.3	130.2	178.4	2.854
Acete	—	65.7	—	—	580.7	—	580.7	9.291
Promedio diario								3.649

Examinemos ahora la distribución de los tres elementos productores de energía entre los comestibles. La fuente principal de las proteínas sería de origen animal, la carne y el pescado, y en gran parte también el bizcocho. Las grasas provendrían en su mayoría del aceite y del queso. En cambio los cereales y las leguminosas proporcionarían con absoluta exclusividad los hidratos de carbono; ellos procurarían a la dieta del soldado el mayor volumen de calorías.

Esto nos demuestra, como también el ejemplo citado arriba, que el criterio seguido en la composición de las raciones fué eminentemente económico y, por ende, bajo el aspecto dietético, un tanto arbitrario. De vitaminas se carecía por completo. Las frutas o verduras, que hubieran provisto de ellas en abundancia, no figuran para nada en la relación.

¹⁸ *Elementos nutritivos, op. cit., pág. 18.*

En honor a la verdad, su ausencia se debe al pleno desconocimiento de su significado nutritivo. Tan sólo en 1602, durante una exploración marítima por las costas de California dirigida por Sebastián Vizcaíno, se comienza a intuir el papel curativo de la fruta para los casos de escorbuto ¹⁹.

Miseria increíble de la alimentación, llama Marañón a un régimen parecido. Miseria y monotonía habría que agregar. Dentro de una evidentemente corta variedad de comestibles—la lista alcanza apenas a la docena—uno de ellos, el pan, se convertía en el elemento siempre presente. Los cotidianos 688 gramos de pan se tornaron imprescindibles, pues representaban ellos solos los dos tercios aproximadamente de la manutención de un soldado. Cantidad desde luego desproporcionada y, probablemente, de pan integral. La harina guardaría todo el salvado. Por esa misma razón poseía una superioridad energética.

El bizcocho amasado días antes de emprender la travesía se cocía un par de veces para secarlo, con lo cual se quería evitar la fermentación ²⁰. Este caso nos basta para figurarnos la calidad de los elementos ingeridos.

Todos los defectos notados se repiten en los demás regímenes dietéticos establecidos en el siglo xvi por la administración pública. El profesor Hamilton, que ha analizado el régimen alimenticio en la flota de Indias, y el doctor Marañón, que lo ha estudiado en las galeras de Felipe II, han coincidido en sus apreciaciones.

*
* *

Las noticias registradas sobre las pagas, los gastos y la alimentación de los soldados del ejército español en los días de Felipe II, demuestran que no llevaban una vida regalada. Con su pobre soldada habían de comprar armas, vestidos, zapatos y costearse su alimentación, no excesiva ni apetitosa por cierto.

Pese a la vida poco holgada que les esperaba en el ejército, las sucesivas guerras que asolaron Europa a lo largo del siglo xvi no carecieron de contingentes. « Contribuyó sin duda, dice Carande, a que la recluta de castellanos y otros soldados de España fuera copiosa la pobreza de la agricultura en las sierras y mesetas y no menos el predominio de la ganadería que, sobre ocupar pocos brazos, despertó tentaciones migratorias alentadas por el vagar continuo del pastor y el desarraigo de sus hábitos

¹⁹ GREGORIO MARAÑÓN, *La vida en las galeras en tiempo de Felipe II*, Buenos Aires, 1947, pág. 107.

²⁰ MARAÑÓN, *id.*, pág. 96.

nómadas: Podrá ser fortuito pero es digno de mención que los contratos de recluta encontrados por el autor corresponden a levadas realizadas en comarcas nada fértiles: tierras altas de Valencia y montes de León entre otras »²¹.

Al proceso económico que, según Carande, movió a los hombres a acudir a filas, contribuyó poderosamente el incremento demográfico de España. Hamilton ha estimado en un 15 % el aumento de la población de España al término del siglo XVI a pesar de las sensibles bajas producidas por las incesantes guerras y la emigración al Nuevo Mundo²². Este aumento garantizó a los tercios y a las guarniciones de las plazas abundantes contingentes.

Por su parte Braudel acaba de generalizar para todo el Mediterráneo la observación de Hamilton para España²³. El incremento demográfico registrado en la mayoría de los países durante el siglo XVI debió motivar la abundancia de mercenarios de que disponían los soberanos en contienda. Gran número de regiones de Europa se debatían por entonces en hondas crisis materiales. Las observaciones acumuladas sobre la vida, la economía o la población de España deben ser ampliadas para los demás países europeos. Las mismas dificultades se producían y aun se agudizaban en ellos. El hecho es evidente, pues si entre los infantes castellanos o españoles cabe aún pensar en alguna ocasión que la incorporación a filas se produjese por ciertos motivos emocionales, — el servicio a la nación o al propio monarca, — no es posible sospechar que idénticas causas movieron a alistarse a los mercenarios no españoles. Recordemos que el presupuesto se refiere casi exclusivamente a tropas extranjeras.

El hambre movía a los hombres a dejar sus hogares, aunque en el ejército no les esperasen grandes pagas ni bocados regalados.

A la guerra me lleva
mi necesidad ;
si tuviera dineros
no iría en verdad.

cantaba el paje con que tropezaron Don Quijote y Sancho poco después de salir de la cueva de Montesinos.

Mal trajeados, mal calzados y mal comidos, los soldados no padecían

²¹ R. CARANDE, *op. cit.*, pág. 14.

²² HAMILTON, *La decadencia española en el siglo XVII*, en *op. cit.*, pág. 122.

²³ BRAUDEL, *op. cit.*, 2ª parte, cap. I; págs. 355 y 356.

sin embargo las hambres que sufrían por entonces muchos labriegos e incluso muchos ciudadanos de España y de Europa. Las ropas y los zapatos que vestían tal vez habrían excitado a maravilla a miles de compatriotas miserables. Pero el menú del soldado: pan, carne salada, atún, arroz, bacalao, pescado cecial, habas, aceite, queso y vino, habría parecido manjar de dioses, no sólo a los labradores y pastores de los montes de León y de Valencia reclutados en los días de Carlos V, sino al hidalgo toledano amo de Lázaro, al escudero Marcos de Obregón e incluso muchos días a Santa Terésa y a Miguel de Cervantes. ¿Qué energía calórica contendrían las dietas alimenticias habituales de Lázaro, de Sancho, del Buscón y aún de los muchos hidalgos famélicos que pululaban por las plazas y calles españolas y aún por el patio del Alcázar de los Austrias?

Hambre y ambición. Ambición de fortuna y recompensas. Y el hidalguismo endémico en España que apartaba de los oficios «viles» a muchos millares de hombres capaces y fuertes, y les lanzaba al río de la guerra. Lástima que muchas veces quedaran en sueños esperanzas de hartazgos y de carreras militares. Porque las pagas no llegaban, y los soldados faltos de recursos andaban rotos y hambrientos, y porque, tras muchas fatigas y heroísmos, cuchilladas y heridas, la fortuna burlesca les volvía la espalda y en vano mendigaban la justa recompensa a sus servicios en memoriales que ascendían lentos los escalones de la burocracia y, o no obtenían respuesta, o no la lograban favorable.

Esperanzas fallidas. Sí, porque el Estado español carecía de recursos para sostener las grandes cargas que las guerras continuas suponían. El ejército, alrededor de 30.000 hombres, cuyos gastos se calcularon en el presupuesto que ha motivado este estudio, habría costado algo más de un millón de ducados. Una campaña como la proyectada habría podido ser soportada sin consecuencias ruinosas por la hacienda de Castilla. El mismo año 1577 los ingresos del reino ascendían a unos trece millones de ducados y solamente la recaudación de la alcabala montaba a más de dos millones y medio ²⁴.

Però no debe olvidarse que por entonces mantenía Felipe II en Flandes unos 60.000 infantes y alrededor de 5.000 jinetes, y no por cuatro meses, sino por todo el año ²⁵. Si al costo de tales fuerzas se añade el de los ejércitos que guarnecían las plazas de África e Italia y el de las

²⁴ BRAUDEL, *op. cit.*, págs. 408 y 410, toma el dato de KONETZKE, *Geschichte des spanischen und portugiesischen Volkes*, t. VIII de la *Universal Geschichte*, Leipzig, 1941.

²⁵ W. T. WALSH, *Felipe II*, Madrid, 1946, pág. 509.

flotas del Mediterráneo y del Atlántico, podremos darnos cuenta de la terrible carga fiscal que pesaba sobre la hacienda filipina, habidos en cuenta los datos generales que el documento estudiado nos procura sobre el costo de la empresa de Marruecos, proyectada con breve plazo de desarrollo — cuatro meses — y con contingentes no excesivos de 30.000 hombres,

Abstraída la campaña de África de los demás hechos de entonces, puede inducir a apreciaciones fácilmente parciales sobre el presupuesto. Éste representa más bien un punto dentro de todo un proceso económico dinámico y su plena significación no puede ser revelada hasta haber sido compulsados los presupuestos contemporáneos.

El estudio mostraría el monto de las aventuras militares de España, que, pesando cada vez más sobre Castilla, la agotaron quizá para siempre; cálculo que debe ser llevado a cabo en Simancas, donde abundantes legajos esperan ser despojados de sus informaciones.

NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ.